



Colocación de las afiladas cuchillas en los espolones del gallo.

Un cuidador prueba sobre su carne el filo de las cuchillas.

Colocadas las cuchillas en las patas del gallo, sobre los espolones, son afianzadas para que no se desprendan durante la pelea.



En el momento de iniciarse la pelea, los gallos son enfrentados y azuzados por sus cuidadores, para provocar su bravura.

# PELEAS de GALLOS en Manila

Por J. BOURING

EN lo que más resalta la pasión extraordinaria del filipino por el juego, es en su desmedida afición a las riñas de gallos, tan características, que no puedo por menos de entrar en algunos detalles.

Un escritor, después de demostrar la antigüedad de estas peleas y de trazar su historia, dice: «En España hay una afición notable por las riñas de gallos, poniéndose sumo cuidado en amaestrarlos y prepararlos para el combate». En América, esta diversión es una pasión dominante, pero en Filipinas esta pasión es un verdadero delirio, y ninguna ley puede hacer variar el número y duración de las riñas. Estas producen tal carnicería en los combates, que bien puede dársele el calificativo de inhumano. En algunos puntos suelen afilar los espolones de los gallos, pero en Filipinas se los arma de navajas y la casualidad, más bien que la destreza, decide la cuestión. Mueren todos los días una infinidad de gallos, pero no por eso se disminuye su número, pues difícilmente se encontrará un pueblo que no cuente con más gallos que habitantes.

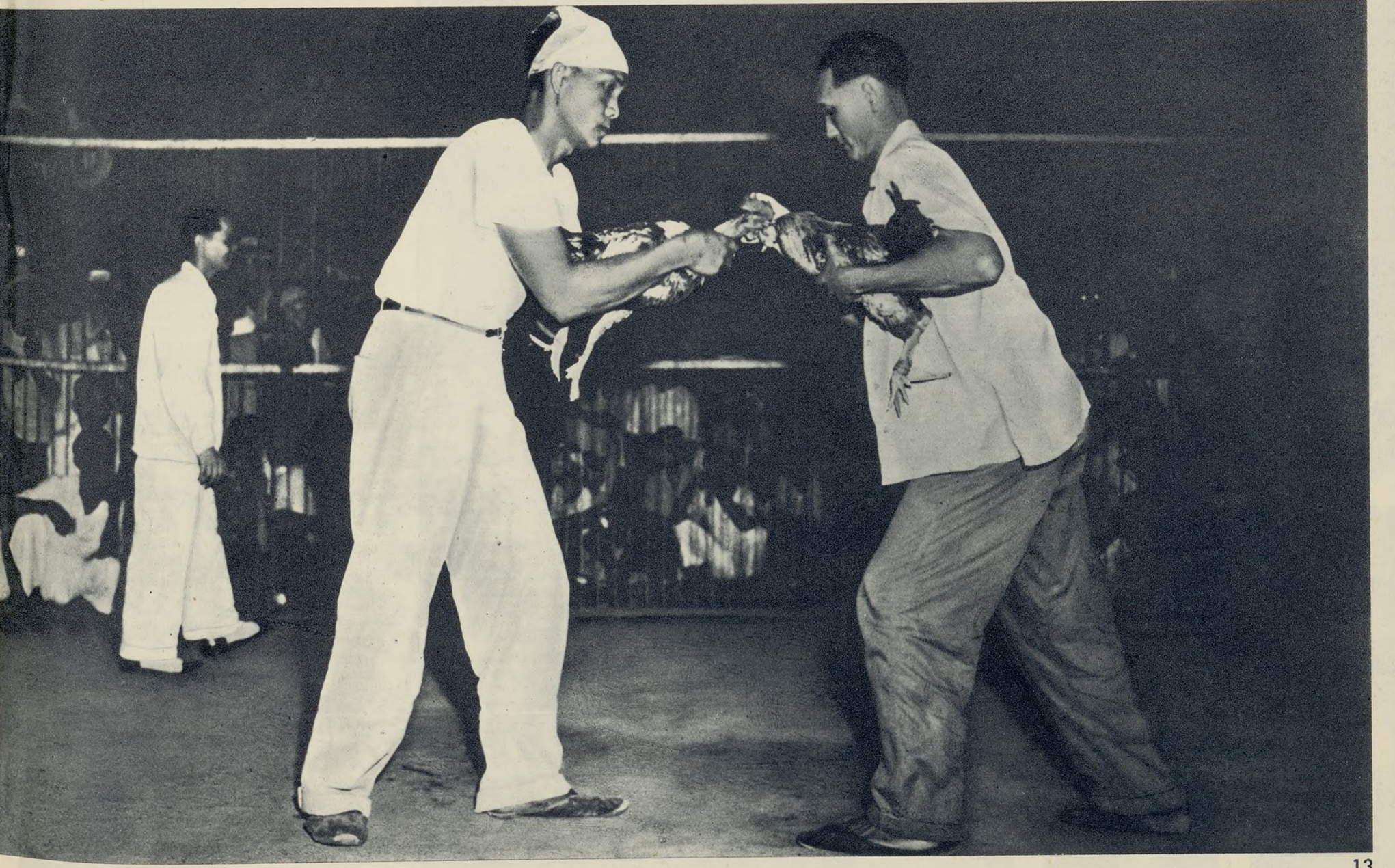
En el Puente Grande de Manila, y entre cuatro y cinco de la mañana, se oyen por todas partes, a todas distancias y en todas direcciones, miles de gallos, como «penetrantes trompetas», pareciéndose a un cordón de señales que pasa de boca en boca desde el pueblo de Bangui, en Ilocos Norte, hasta el de Manog, situado en la punta sur de Albay. Hay gallos en cada casa, en cada rincón, al pie de cada árbol, a lo largo de los muelles y playas, en la proa de cualquier barco de cabotaje, y, como si todo esto no fuera bastante, se encuentran, además, esculpidos y pintados con carbón en las paredes, para que el público los admire.

He aquí un anuncio de gallera tomado de un periódico de Manila (año 1876): «Gallera principal de Tondo. El que suscribe hace saber al público que en todos los días señalados para gallera, acudirá a ésta gran concurrencia, una buena parte de la cual se compondrá de chinos, pudiendo tener efecto en un solo día de 90 a 100 vistas, y siendo esto debido, no sólo a la seguridad de la gallera, que es de teja, sino también a que la moneda que en ella circula es buena.—Dalmacio Olegario.»

Es considerada por el filipino como una falta de cortesía el tocar a un gallo de pelea, y siempre se solicita permiso del dueño para examinarlo. El gallo es objeto de muchísimos cuidados y caricias: come, canta y duerme en los

\* Suponemos importada de América la afición a las riñas de gallos en algunos pueblos de Andalucía, porque no se conoce en otras provincias peninsulares. (N. del E.)

Otra fase de la provocación inicial, en la que los gallos dan los primeros picotazos.





Los gallos en plena pelea. Uno ha perdido una cuchilla.



El cuidador atiende a un gallo que ha sido derrotado y herido.

Desde las graderías, colmadas siempre, el público entusiasta interviene en las apuestas valiéndose de simples señales de las manos.



brazos de su amo; no se aparta de su pensamiento, y hasta lo he visto celebrado en verso en los términos más afectuosos. Cuando ha salido victorioso repetidas veces en la pelea, es sujeto a un minucioso examen con el fin de descubrir por sus señales exteriores lo que puede servir para caracterizar su mérito: se le cuentan las escamas de los pies, se observa su figura y distribución, la tendencia e inclinación de los círculos de los espolones y si éstos se asemejan uno a otro; la forma de los dedos y uñas y el número y colores de las plumas de las alas (siendo once el número favorito). Los ojos blancos son preferidos en el gallo a los castaños, y son buscados los de cresta corta. A cada gallo se le nombra con relación al color de su pluma: al blanco le llaman «puti»; al rojo, «pulá»; «talisain», al blanco con pintas negras; al de cuerpo rojo, cola y alas negras «bulic» o «taguquin»; al negro, «casilien» o «maitín»; blanco y negro, «binabay»; al ceniciento, «abuen»; al blanco y negro con patas de este último color, «tagaguin», y así otros muchos. Al gallo silvestre le llaman «labuyo».

Sobre el espectáculo de las riñas de gallos, vamos a recoger la siguiente y acabada descripción de Buzeta:

«El filipino tiene una pasión inveterada por este juego, que ocupa el primer lugar entre sus diversiones. El gallo es el principal objeto de su cuidado, su compañero asiduo, y lo lleva hasta la puerta de la Iglesia, en donde lo deja atado a un palo de caña clavado en tierra, hasta que termina la misa. Por ningún dinero se desprende de su gallo favorito, y algunos poseen hasta media docena de estos inapreciables tesoros, a cuyo servicio se les ve exclusivamente dedicados.

Para estas riñas, cada pueblo tiene su gallera, que produce al Gobierno una renta bastante considerable. Las galleras son grandes edificios construídos de troncos de palma, caña y nipa, y se reducen a un gran salón a que dan luz varias ventanas abiertas en el techo. En el centro se halla un tablado de unos cinco pies de elevación y rodeado de galerías de caña, a las que llegan los espectadores y pagan con arreglo a la proximidad y conveniencia de los asientos. Las galleras, por lo general, se encuentran llenas de concurrentes. El filipino entra con su gallo bajo el brazo, le acaricia y le coloca en el suelo; le vuelve a coger, le acaricia con la mano, le dirige la palabra, le echa el humo de su cigarro, le estrecha contra su pecho y, por fin, le dice que pelee con bravura. El gallo, generalmente, canta entonces con orgullo y desafiando al enemigo. Se presenta el rival; se les ata a ambos un cuchillo o navaja de dos filos al espolón natural, y después de hacer que por algún tiempo se miren uno a otro, se da la señal de principiar el combate, notándose entonces extraordinaria agitación en la concurrencia, hasta que un alguacil anuncia que está terminada o cerrada la apuesta, a cuyo anuncio se sigue un silencio impresionante. Los dueños de los gallos se retiran a otra señal y los combatientes se contemplan con las plumas erizadas, mueven la cabeza y se arrojan uno sobre otro, continuando la riña hasta que uno de ellos cae mortalmente herido. El vencedor se echa sobre él y canta en señal de victoria, no siendo extraño que el herido se levante y se vuelva contra su enemigo. Si uno de los gallos huye, como sucede algunas veces, pierde y es condenado a ignominiosa muerte, desplumándose y colgándolo de esta suerte fuera de la gallera. Las heridas del que sobrevive son lavadas con una infusión de hojas de tabaco en vino de coco, teniéndosele desde este momento en gran estima, para apostar a su favor; pero si queda inútil para nueva refriega, es cuidado cariñosamente por su dueño, habiendo médicos y casas a propósito donde se dedican a curar sus heridas.»

En los alrededores de la gallera se ven numerosos puestos, en que, preparados por filipinos y chinos, se ponen a la venta vinos dulces y secos, chocolates y otros refrescos. Las riñas duran todo el día, haciendo olvidar hasta los encantos de la siesta, y el filipino vuelve a su casa después de puesto el sol, miserable y arruinado, por lo regular.

Los filipinos nos mostraron varias veces deseos de que fuésemos testigos de estas diversiones, enseñándonos sus gallos favoritos para que los admiráramos; pero tuve poca curiosidad de presenciar las luchas, aun cuando no cabe duda que son muy pintorescas, o, al menos, algo más que las de hombres.

(El anterior trabajo, del escritor y viajero anglosajón J. Bouring, está fechado en Manila, en 1876. Hemos reproducido esta vieja crónica porque, tres cuartos de siglo después de haber sido escrita, refleja perfectamente el ambiente filipino en torno a los gallos de pelea.)